

069. El hombre y la gloria de Dios

Cuando se inventó la aviación, el mundo quedó pasmado ante aquella realidad tan soñada: ¡el hombre ya podía volar! Y un famoso escritor italiano, con aire bastante blasfemo, lo cantó pomposamente: *¡Gloria al hombre en las alturas!*... (D'Anunzio) Lo dijo así, queriendo levantar al hombre al mismo nivel de Dios, y robando para ello a los Angeles lo que cantaron en la noche de Belén.

Dejamos al escritor en su locura irreverente, y nosotros decimos también que sí, que es cierto eso de la gloria al hombre cuando realiza maravillas como esa de volar. Sólo que nosotros lo cantamos con un aire muy diferente, y, en vez de blasfemar, entonamos un himno de alabanza a Dios. Porque es Dios quien hizo tan grande al hombre, y le dio el encargo de dominar toda la creación. En esos pasmosos inventos modernos está metido, muy metido, el mismo Dios, y cada uno de ellos glorifica a Dios, con tal que el hombre reconozca que todo lo hace con el ingenio y el poder que le comunicó Dios al crearlo.

Lo comprobamos esto cada día en nuestra propia Emisora. ¿Cómo es posible que esté yo aquí sin moverme, ahora mismo, hablando delante de un simple micrófono, y que ustedes me estén oyendo y siguiendo todo mi pensamiento a tantos kilómetros de distancia?... Todo, porque un famoso inventor descubrió lo que eran las ondas invisibles, las atrapó, las dirigió a unas antenas y las mandó a recorrer los espacios, para que ustedes ahora las estén agarrando con su aparato y puedan seguirme y entenderme en todo lo que yo les digo... ¿Cómo se explica esto? Si quitamos de en medio a Dios, el Creador, que dio al hombre tal poder, un invento como éste no tendría explicación posible: parecería cosa de brujas...

Inventos como la aviación, al que siguieron después los cohetes y los satélites espaciales; o la radio, a la que siguió también la televisión; o la pasmosa descomposición del átomo; o la increíble y trágica reproducción de la vida en el laboratorio, y tantos y tantos inventos más, han hecho que el hombre haya dado en pocos años un vuelco enorme a la historia del mundo.

Si el hombre tiene tal poder sobre la naturaleza, ¿cuál no será el poder de Dios, que le ha dado tan grande poder al hombre?

Pero nuestra reflexión se torna muy seria cuando comprobamos lo que está pasando en el mundo a causa de estos progresos de la ciencia y de la técnica. ¿Sirven, efectivamente, para mayor servicio de Dios? ¿No los aprovecha el hombre para escaparse de Dios, en vez de acercarse más a Él?

¿Y qué actitudes han tenido siempre los hombres ante Dios?...

- Primera, estaba la de aquellos que todo lo esperaban de Dios sin poner nada de su parte. Esperaban la lluvia para los campos, pero sin molestarse en llevar el agua de los ríos vecinos o de abrir un pozo; querían de Dios la salud para el cuerpo, pero sin querer ponerse una inyección; la aprobación en el examen, pero sin haber estudiado; el éxito en el negocio sin haber puesto la menor diligencia en el trabajo. Todo eso se podía conseguir, pensaban, con una novena al Santo más poderoso ante Dios y que más clientela tenía ante su imagen...

Todo dependía de Dios, sin ningún esfuerzo humano. Lo cual era una actitud totalmente equivocada.

- Segunda, y ésta ya es más de hoy. Como la técnica moderna pone tantas fuerzas a nuestra disposición, ya no se necesita a Dios para nada. Si los canales traen cantidades enormes de agua a los campos, ¿a qué viene el hacer rogativas para que llueva? Si la Seguridad Social nos devuelve la salud y la Pensión nos asegura la vejez, ¿para qué preocupaciones tontas y rezos sin sentido?... Ésta es otra actitud fatal.

El cristiano, consciente de que Dios es su Padre que le ama, toma ante Dios la actitud que a Dios le agrada. Sabe que todo depende de Dios, porque sin su ayuda no podemos nada, ni en el orden de la naturaleza ni en el de la Gracia; pero sabe también que todo depende de nosotros, porque Dios quiere y exige nuestra colaboración. El sentido popular lo ha dicho con ese refrán tan gráfico: *A Dios rogando y con el mazo dando*. Yo hago todo lo que puedo y debo, y el resto se lo dejo a Dios.

Con esta actitud —la única válida— nosotros nos confiamos a Dios de la manera más absoluta. Entonces es cuando podemos tomar a Jesús la palabra, que nos dice: *Mirad los pájaros del cielo, que no siembran..., mirad las flores del campo que no tejen ni hilan...* Al haber puesto de nuestra parte todo el esfuerzo, le toca después a Dios poner su parte... Y sabemos que Dios no nos puede fallar.

De este modo, en oposición al mundo que no cree, o que abandona a Dios, o que hace del dinero y de la técnica su dios..., nosotros estamos pendientes de ÉL, de su providencia, de su amor de Padre. Y será grande la gloria que le daremos a Dios con nuestro poder, unido a una gran humildad.

Con Dios, podemos hacer maravillas. Y, sin embargo, no nos engreímos.

Con las maravillas que habrán realizado nuestras manos, Dios es sobremanera glorificado.

Con la gloria que entonces le tributamos a Dios, Dios se ve como obligado a ayudarnos más.

Con la ayuda que nos presta, cada vez más le servimos mejor.

Con nuestro servicio amoroso, cada vez colaboramos más a la edificación del Reino. Y con el Reino de Dios, promovido en el mundo con nuestra entrega, se va acrecentando la gloria de Dios, sin que se caiga en la idolatría de la técnica, del dinero, del placer...

Sin embargo, se habrá promovido también con creces el bienestar entre todos los hombres. Porque todo eso que el hombre puede con la fuerza de Dios, todo eso lo dirige Dios en último término para bien de sus hijos.

Fiarse de Dios, a la vez que se colabora con Dios, es la suma prudencia humana y cristiana. Es darle a Dios una gloria que Dios que se encarga de convertir en gloria del mismo hombre...